

GUILLERMO FELIU CRUZ

Director de la Biblioteca Nacional

HISTORIA
DE LAS
FUENTES DE LA BIBLIOGRAFIA
CHILENA

ENSAYO CRITICO

TOMO I

Introducción a la edición facsimilar de la

ESTADISTICA BIBLIOGRAFICA
DE LA LITERATURA CHILENA
DE RAMON BRISEÑO

1812 - 1876



OBRA REALIZADA POR LA BIBLIOTECA NACIONAL

BAJO LOS AUSPICIOS DE LA

COMISION NACIONAL DE CONMEMORACION
DEL CENTENARIO DE LA MUERTE DE ANDRES BELLO

SANTIAGO DE CHILE, MCMLXVI

DOS PALABRAS

EL SIGNIFICADO Y ALCANCE DE ESTE ENSAYO

EL PLAN

Llama la atención que un país como Chile, donde el cultivo de las disciplinas de la erudición bibliográfica, en su doble carácter, histórico y crítico, han alcanzado tan serio significado, carezca de una monografía, de un estudio o de un ensayo, que presente, en su conjunto, este capítulo de su vida intelectual. Bastaría citar un nombre para comprender la importancia de tal ciclo en la historia literaria nacional. El más grande bibliógrafo de la cristiandad, José Toribio Medina (1852 - 1930), cubre por sí solo con su obra colosal, muy amplias páginas en el cuadro de la erudición ecuménica. Si fue un historiador eminente y un crítico distinguidísimo, el bibliógrafo que hay en Medina asume proporciones francamente excepcionales, tanto por la cantidad de su labor, como por su relevante calidad. Describió de *visu* 69.682 títulos de impresos americanos o relativos a América. Esta alta cifra, sin embargo, es mucho mayor si se toman en consideración las descripciones de impresos de que el bibliógrafo dio cuenta en muchos de sus libros, que no son bibliografías, tales como las historias de las inquisiciones del Santo Oficio, las historias literarias y los estudios críticos sobre determinados autores o circunstancias. De los 392 títulos a que alcanza la producción intelectual de Medina, incluyendo en ella los libros, folletos y artículos de diarios y revistas, la mayor parte se agrupa en los estudios bibliográficos. Son casi todos ellos de gran envergadura y corresponden al arte de imprimir en las ciudades de los pueblos que formaron el imperio colonial español de América y Oceanía. Medina, además, describió las obras tocantes a esos dos continentes. Labor tan monumental, mereció de Ricardo Garnett, bibliógrafo —Conservador del Museo Británico—, el juicio de que Medina había tomado un continente como su provincia. Cuando Garnett hacía

esta aseveración, Medina aún no concluía la tarea bibliográfica que se había propuesto llevar a cabo. En 1892, se encontraba en plena tarea, la que vino a terminar un cuarto de siglo más tarde, en 1917. Después abordó otro género de monografías de la misma índole.

Por breve que sea en la historia de la literatura chilena el capítulo que le corresponda a la erudición bibliográfica, los nombres que lo llenan hacen parte generalmente de uno de los aspectos más respetables y sólidos de ella. En el siglo XVIII, sus cultivadores fueron poquísimos. Uno es un naturalista que se hizo historiador de la tierra de su nacimiento, de la cual fue expulsado como jesuita, para añorarla luego en el destierro. Para ilustrar a los europeos sobre Chile, cuya naturaleza física había expuesto ya en otros libros que consagraron su gloria, escribió su historia civil. Hemos nombrado al abate Juan Ignacio Molina (1740-1829). Los otros son dos cronistas. En el campo de la crónica, intentaron sacarla de la forma primitiva, para elevarla al rango de la historia, mediante la aplicación de un sistema crítico de las fuentes. Llamábase uno de ellos, José Pérez García (1726 - 1814), de origen español. El otro, Vicente Carvallo Goyeneche (1740 - 1816), nacido en Chile.

En el siglo XIX los estudios de erudición bibliográfica tienen más cultivadores. Los escritores que se vuelcan con pasión hacia ellos, son los llamados historiadores clásicos, que dan fisonomía a las letras nacionales, que opacan con sus libros los otros géneros literarios, la novela, la poesía, el teatro, quedando la Historia en un sitio de superior preponderancia. Por inclinación irresistible, por la imperiosa necesidad de conocer las fuentes impresas en que asentábase el conocimiento de Chile, por extraer de la documentación original la versión íntima de los hechos, esos tres historiadores, en cumplimiento de una severa metodología científica, hicieron bibliógrafos. Con su propia acción, por otra parte, contribuyeron a hacer la historia en la política, en las letras, en la educación, en el periodismo y en la administración pública. Se llamaban estos historiadores clásicos, Miguel Luis Amunátegui (1828 - 1888), Diego Barros Arana (1830 - 1907) y Benjamín Vicuña Mackenna (1831 - 1886). Amunátegui, con su hermano Gregorio Víctor (1830 - 1899), dejaron esparcida en los libros que escribieron una información bibliográfica sobre la literatura nacional tan precisa como valiosa por los materiales que acumularon y que juzgaron con crítica certera. Barros Arana, en artículos de la misma índole y en monografías especiales, contribuyó al esclarecimiento de temas complicados de la bibliografía chilena y americana. Pero es en la *Historia General de Chile* donde su sapiencia adquiere un brillo especial por los dones de exposición con que ha tratado, uno a uno, los asuntos de la bibliografía nacional así en sus fuentes internas como externas. Por último, Vicuña Mackenna escribió ensayos circunstanciales, pero que aún hoy hay que consultar. Bastará recordar el *Catálogo de su Biblioteca Americana* y el de la *Biblioteca Beeche*.

El primer bibliógrafo chileno que aflora como tal, como un profesional y que aplica a esta técnica una propia por él concebida y se ajusta también a un método que es suyo, fue improvisado por la Universidad de Chile. La Corporación hizo bibliógrafo a Ramón Briseño (1814 - 1910). Le encargó la compaginación sistemática de la bibliografía chilena durante el período comprendido entre 1812 a 1859 y enseguida de 1860 a 1876. Briseño era un profesor y un escritor didascálico. Tenía preferencia especial por la enseñanza de la filosofía y para ella había compuesto tratados bien ordenados, con excelente método, claros, llenos de reflexiones sensatas, que fueron recibidos con aplauso. Andrés Bello los elogió. Toda su vida enseñó Briseño, y si, por temperamento, era un hombre de orden, el carácter de sus estudios disciplinó más su conducta hasta alcanzar un dominio mecánico de los actos de la existencia. En la Universidad se le reconocieron estas cualidades de orden y de paciencia, de perseverancia y de voluntad. Ellas parecieron ser las virtudes más apropiadas para acometer las tareas de una bibliografía general de Chile. Andrés Bello, Rector de la Universidad, que conocía como nadie las ventajas de la bibliografía en sus investigaciones humanísticas, y Miguel Luis Amunátegui, que ya se había ensayado con su hermano en la formación de un catálogo de los impresos chilenos, inclinaron al Consejo Universitario para autorizar la empresa de individualizar la producción de la imprenta en Chile por medio de una estadística que diera a conocer las manifestaciones de su literatura, concebido este término como expresión del pensamiento humano en cualquier forma, según entienden los alemanes.

Briseño llevó a cabo el encargo, en la mejor forma que le fue posible. Desde entonces surgen en el cultivo de la erudición bibliográfica, muchos escritores que contribuyen a formar la tradición bibliográfica chilena. Se distinguieron estos escritores, como eruditos que cultivaron temas especiales en acabadas monografías. Casi todos fueron contemporáneos de José Toribio Medina, el bibliógrafo por antonomasia, y al cual se debió la aplicación de un método riguroso, de una técnica especial y de un criterio bibliográfico científico. Los más cercanos a Medina fueron Domingo Amunátegui Solar, Alejandro Fuenzalida Grandón, Enrique Matta Vial y Tomás Thayer Ojeda, como historiadores, con acentuadas inclinaciones a la bibliografía. Bibliógrafos profesionales o aficionados a la bibliografía, fueron Nicolás Anrique y Reyes, Enrique Blanchard-Chessi, Víctor María Chiappa, Aníbal Echeverría y Reyes, José Manuel Frontaura y Arana, Ramón A. Laval, Luis Montt, Juan Enrique O'Ryan Cotapos, Manuel Antonio Ponce, Rómulo Ahumada Maturana, Carlos E. Porter, Justo Abel Rosales, Enrique Sanfuentes Correa, Ricardo E. Latcham, Julio Saavedra Molina, Juan Brüggén, Rodolfo Schuller y Luis Ignacio Silva Arriagada, que fue el más joven de todo este valioso grupo. Otro nombre debe agregarse a los indicados. Es el del crítico literario Emilio Vaisse, *Omer Emeth*, quien hizo de la bibliografía una profesión y en ella fue un orientador dejando valiosas aportaciones.

En nuestro tiempo, han hecho de la bibliografía una disciplina importante de sus actividades intelectuales, Aniceto Almeyda Arroyo, Alamiro de Avida Martel, Homero Castillo, Ricardo Donoso, Julio Durán Cerda, P. Alfonso Escudero, Cedomil Goic, Fernando Guarda Geywitz, Walter Hanisch Espíndola, Eugenio Pereira Salas, Carl H. Schaible, Raúl Silva Castro, Arturo Torres Ríoseco, Juan Uribe Echevarría, Gonzalo Vial Correa, Roberto Vilches Acuña, José Zamudio. Nosotros mismos le hemos consagrado nuestros desvelos.

En las páginas que siguen se intenta presentar en un cuadro general, las fuentes de que se nutre la bibliografía chilena. Al emplear el término bibliografía chilena debemos definirlo. Entendemos por tal, todos los elementos bibliográficos que directa o indirectamente tienen relación con Chile. Por esto, nuestro ensayo se compone de dos partes muy bien diferenciadas y, sin embargo, unidas por el espíritu que las preside. Una de estas secciones la forman los materiales que integran las fuentes externas, es decir, las extranjeras. La otra, son las fuentes bibliográficas internas, digamos con propiedad, las nacionales. Un esbozo muy bien hecho acerca del asunto de la primera parte, fue trazado por Medina. De mano maestra, en lo tocante a la bibliografía americana general, lo escribió para el tomo VI de la *Biblioteca Hispano Americana*. Ha sido el bibliógrafo chileno quien nos ha dado la pauta en que hemos querido desenvolver este ensayo. Acerca del suyo, escribía Medina, al definir el alcance de su plan respecto de las obras de la bibliografía americana:

“Si hubiéramos de limitarnos en la reseña bibliográfica que nos hemos propuesto hacer a las obras de esa índole que se refieren exclusivamente a la América, nuestra tarea sería tan sencilla como breve. Pero como en realidad de verdad obras y escritores hispanoamericanos se encuentran citados con más o menos extensión en bibliografías de carácter general, en las crónicas de las órdenes religiosas, en monografías de la imprenta de muchas ciudades españolas, y en no pocos catálogos de bibliotecas públicas, de particulares y de librerías, nos ha parecido que de una manera sumaria debíamos siquiera mencionar esas obras, pues que de todas ellas hemos tenido que tomar, aunque más no haya sido que una referencia”.

Nuestro plan, en cierto sentido, ha sido el mismo. La bibliografía chilena considerada en sus relaciones externas, es decir, con la de otros países y continentes, a pesar de su exigua cantidad, presenta tres aspectos muy bien delimitados por el carácter que la distingue.

En primer lugar, deben señalarse los autores nacionales que han escrito fuera de Chile en las diversas etapas de su historia.

En segundo lugar, los escritores españoles o americanos que han dado a luz obras sobre el país o se han referido a los autores nacionales y ocupádose de Chile.

En tercer lugar, los autores franceses, ingleses, alemanes, italianos, portu-

gueses, holandeses, etc., que se han ocupado sobre el país en una u otra forma, como los viajeros, los geógrafos, los naturalistas y los bibliógrafos.

En este estudio, en lo que llamamos las fuentes externas, se ha procurado mantener la bibliografía chilena dentro de la americana como que de ella es una sección. Debido a eso, nos ha sido forzoso detenernos en el fundador de la bibliografía americana Antonio León Pinelo, dar algunas noticias sobre los esfuerzos de los Reyes de España para conservar la documentación histórica del descubrimiento, conquista y colonización de América, a fin de asentar en esos materiales la crónica oficial de las Indias. Ha sido necesario también mencionar, tan sólo en cuanto a Chile hacen caudal, siempre en pequeña cuantía, las colecciones primitivas de viajeros. En las primeras como en las otras de estas fuentes históricas, se encuentra en ciernes el vestigio de la bibliografía americanista, y, por lo mismo, en ellas están las referencias que atañan a la de Chile. En igual caso se encuentran las crónicas de las órdenes religiosas. Han debido ser consideradas como elementos de información bibliográfica y, por cierto, las propiamente tales trabajadas por sus miembros, algunas veces con ejemplar competencia. Por lo que representan en este mismo sentido, ha sido indispensable recordar la obra de algunos grandes bibliógrafos hispanos que de Chile y de sus cosas ocupáronse por incidencia: el fundador de la bibliografía española, el eruditísimo sevillano Nicolás Antonio y el sabio portugués Diego Barbosa Machado. Se ha hecho también una cita del italiano Rafael Savonarola. Pero por su rango excepcional, tan importante como León Pinelo, el bibliógrafo madrileño Andrés González Barcia ha ocupado en nuestro ensayo un lugar destacado, por su pasión en difundir la historiografía americana.

Como queda dicho, muchos de estos autores sólo incidentalmente se han ocupado de Chile. A nuestro juicio, ello ha sido bastante como para incorporarlos en este ensayo, porque la bibliografía chilena externa está formada de estas pequeñas referencias de citas que se encuentran aquí y allá, en las bibliografías generales y especiales, en los catálogos de librerías públicas y particulares. Por eso, dijimos que nuestro plan tenía semejanza con el de Medina. El erudito se valió principalmente de las bibliografías generales y nosotros de éstas y de las especiales. Insistimos: cada vez que en esos repositorios se encontraba nombrado Chile por cualquiera circunstancia, el autor y la obra han sido incorporados a las bibliografías que complementan este estudio. Hemos ido más lejos en nuestra prolijidad y en el propósito de servir con amplitud al conocimiento de la bibliografía chilena exterior. En el texto de este ensayo se han reproducido los títulos de los libros asentados por León Pinelo en el *Epítome*, en sus diversos capítulos, a fin de facilitar la consulta y estudio de esta preciosa fuente. Aun cuando del *Epítome* se han hecho en nuestro siglo dos ediciones, una en Buenos Aires (s. f.) y otra en Washington (1958), no es fácil dar con ellas en nuestro medio, debido a que fueron tiradas limitadas. Con mayor razón se nos ha impuesto la necesidad de reproducir los asientos

bibliográficos con que Andrés González Barcia adicionó en 1737 la segunda edición del *Epítome*. Este libro, que se publicó en tres volúmenes, nunca ha sido reimpresso, y no es moneda de circulación corriente. Ni aun en grandes bibliotecas se le consigue. Sólo los eruditos lo frecuentan. Las caudalosas adiciones con que González Barcia enriqueció de una manera prodigiosa a su colega León Pinelo, un siglo después, han dado a esta edición una importancia excepcional y héchola indispensable para el americanista. Al copiar los títulos de las obras que colacionó con referencia a Chile, extrayéndolos de los diversos capítulos, estamos ciertos de que hacemos un servicio al divulgar una fuente tan preciosa. Para que se puedan apreciar los progresos que Andrés González Barcia aportó a la bibliografía americana, se han confeccionado algunos cuadros que son por sí mismos muy decisivos. El lector tiene allí datos para una apreciación objetiva.

Del propio modo que hemos insertado en el ensayo las bibliografías de León Pinelo y de González Barcia, lo hemos hecho con las fuentes bibliográficas españolas, las hispanoamericanas, las norteamericanas, las francesas, las inglesas, alemanas e italianas. Digámoslo con entera franqueza y absoluta claridad. En esta parte, nuestro trabajo es deficiente, es incompleto y no llena las exigencias actuales en cuanto a los materiales modernos. Sin embargo, el fondo antiguo de las bibliografías sí es apreciable. Ese fondo lo es para las fuentes españolas y las hispanoamericanas. En todo caso, por primera vez se presenta un conjunto bibliográfico como el que aporta nuestro estudio. No será muy difícil completarlo y ponerlo al día. Es esta una cuestión de tiempo.

Algunos autores habían ya acometido la tarea de hacer la historia de la bibliografía americana y la de algunos de los países de este continente. Nótese bien que hablamos de la historia de la bibliografía y no de la bibliografía en su acepción específica. Medina, ya lo hemos citado, con su muy cabal y erudito estudio acerca de las obras de bibliografía hispanoamericana, que forma el capítulo tercero de la introducción escrita para la *Biblioteca Hispano-Americana* y que se encuentra en el volumen VI (pág. XLIX, de la edición del Fondo Medina, 1962). Nada hay que decir de este trabajo. Es completo.

Hay otro que es admirable por su exposición metodológica y que se ha apoyado en Medina cuando las referencias el autor no ha podido comprobarlas personalmente. Limitado a un corto período, cumple muy bien su objeto y propósito. El trabajo de que hablamos se intitula *Precursores de la Bibliografía Americanista* y su autor es Luis Aznar. Fue publicado en la revista *Humanidades*, órgano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de la Plata, tomo XXVIII, Historia y Geografía, La Plata, Argentina, 1940, págs. 263 - 315.

El Perú cuenta con otro excelente estudio, redactado con esmerada elegancia y una profunda sabiduría. Su autor es un escritor de verdadero mérito,

que tiene un destacado sitio en los estudios eruditos de su patria. Se llama Alberto Tauro. En 1952, en el número 8 de la revista *Fénix*, editada por la Biblioteca Nacional de Lima y a cargo del Director de ese establecimiento, Cristóbal Losada y Puga, publicó un notable ensayo que lleva por título *Introducción a la Bibliografía Peruana* (págs. 395 - 418). Por último, Julio Speroni Vener publicó en Montevideo en 1950, en el *Catálogo de la 2ª Exposición Nacional de las Artes Gráficas*, el estudio al que dio el título de *Los Precursores de la Bibliografía Uruguaya*, en que con un criterio seguro, presenta el desenvolvimiento de esta disciplina en el Uruguay. Al emprender este ensayo acerca de las fuentes externas de la bibliografía chilena, tuvimos especial cuidado de conocer esos trabajos, para componer el que el lector tiene en sus manos. Sin falsa modestia, creemos que el nuestro es más completo por la incorporación de las bibliografías que hemos reunido, las cuales permitirán al estudioso consultar a un mismo tiempo un conjunto de fuentes que se encuentran dispersas. Desgraciadamente estos materiales relativos a Chile no reúnen los últimos datos a luz.

La segunda parte de este trabajo está formada por las fuentes internas de la bibliografía chilena. El punto de unión, el nexo, entre la primera parte y la segunda, se produce en el siglo XVIII con un chileno que publica en Europa un *Catálogo de los escritores de las cosas de Chile*, bibliografía sumarisima, pero que es la primera compuesta por un escritor nacional en lengua extranjera. Se dio a luz en Italia, en la ciudad de Bolonia, en el segundo tomo de la obra intitulada *Saggio sulla Storia Civile del Chili* (págs. 324 - 328) del Abate Juan Ignacio Molina. Este volumen fue traducido al castellano por otro chileno establecido en Cádiz, dedicado al comercio, amante de las bellas artes y de las letras, apoderado un tiempo del joven Bernardo Riquelme (O'Higgins). Se llamaba el Conde de Maule, Nicolás de la Cruz y Bahamonde. La publicó en Madrid en 1795 donde el *Catálogo* ocupa las págs. 377 - 382.

Por el hecho de constituir Molina el nexo de unión entre la bibliografía externa y la interna, ya que él era oriundo de Chile y escribió en lengua italiana y publicó su libro fuera de la patria, y por contarse el Abate entre los cronistas del siglo XVIII, su nombre nos ha llevado a considerar los cronistas anteriores a ese siglo y los que en el suyo escribieron, como lejanos precursores de la bibliografía chilena. La revisión de ellos desde el punto que indicamos, pobre en general, proporciona antecedentes que nos pareció no debíamos despreciar. Y es a partir de aquí que entramos con propiedad en el terreno que comprende este ensayo. El tema se abre con los modestísimos orígenes de la bibliografía chilena en el siglo XIX, para ir perfeccionándose gradualmente y asumir categoría superior al comenzar el siglo actual.

El lector apreciará esta evolución en las páginas que siguen.

Debo agradecer a mis ex alumnos, los Profesores don Guillermo Fuenzalida y don Leonardo Mazzei, la valiosa ayuda que me prestaron en la confección de este libro. El primero, me dio su consejo con muy buen criterio; el segundo, mecanografió la obra y ambos corrigieron las pruebas en días muy duros para mí. Les expreso mi gratitud, porque han sido nobles amigos.

GUILLERMO FELIU CRUZ.

Santiago, marzo de 1966.